

raciones á millares que no pululaban tanto en Taha, escaseaban mucho en Raiatea y eran apenas conocidos en Huahine. Mayor es la diferencia que se nota en Tonga, en donde no hay ningún perro y hay muy pocos cerdos y gallinas. Los animales malignos, excepción hecha de una araña venenosa de Nueva Caledonia, de pequeños alacranes y de algunos mosquitos, están limitados al mar, cuya fauna además de tiburones y rayas contiene, sólo en las aguas de Nueva Caledonia, seis especies venenosas.

CAPITULO II

ESTRUCTURA CORPORAL Y VIDA ESPIRITUAL DE LOS POLINESIOS Y DE LOS MICRONESIOS.

«Las gentes que nos rodeaban tenían tan dulce semblante como agradable porte. Eran aproximadamente de nuestra estatura, pálidos, de color moreno de caoba y tenían hermosos ojos y cabellos negros.» Primera descripción de los tahitianos.

G. FORSTER.

Cualidades corporales. Caracteres de raza. Color de la piel. Cabeza. Cabellos. Albinismo. Fuerza corporal. Vigor de los sentidos. — Dotes espirituales. Un pueblo de contradicciones. Los críticos optimistas. Torpeza. Volubilidad. Mentiras y disimulo. Comedia del rey Finu. Desenfreno. Sacrificios humanos, antropofagia é infanticidio. — Dotes intelectuales. Influencia del cristianismo. Fuerza creadora de la inteligencia de los polinesios. Inventos. Mitología. Idea del mundo. Conocimiento del mundo. Medicina. Cronología. Sistema aritmético. Música. Danza. Luchas y pugilato. Juegos. Juegos de niños.

La distribución en un vasto territorio habitable dotado de distintas condiciones de naturaleza y dividido en multitud de islas, y las profundas divisiones sociales son causa de que entre las tribus polinesias aparezcan muy marcadas las llamadas diferencias de razas. Después de cuanto acerca de los negros y de los australianos llevamos dicho es superfluo hacer constar que en esta raza no se encuentra una unidad absoluta; mas por otra parte las desviaciones de un tipo medio no son tan grandes que permitan justificar la hipótesis harto lata de una unión en el grupo de pueblos polinesios de elementos caucásicos, negroides y mongólicos, tal como pretenden Quatrefages y Peschel; este último califica á los micronesios de mestizos de polinesios y papuanos. Sea cual fuere la historia de los polinesios como raza, tal como hoy se presentan á nuestros ojos, lo cierto es que constituyen, en su mayoría, un grupo especial de la humanidad que, estrechamente unido á la raza malaya, posee como caracteres externos más salientes un cabello negro desde liso á rizado y una piel morena con matices más claros, que podría calificarse perfectamente como término medio de «moreno aceitunado», por más que entre los micronesios aparezca el tinte amarillo de los chinos. Q. Finsch, que es de todos los modernos viajeros el que ha hecho más minuciosas observaciones acerca de las cualidades corporales de estos pueblos, ha encontrado que dentro de este marco las diferencias son tan insignificantes que para él los micronesios no difieren de los polinesios propiamente dichos más que el suabio del alemán del Norte. Y en realidad los micronesios, exceptuando los más occidentales, se acercan más al tipo melanesio que los polinesios, por más que la diferencia quede borrada por el hecho de que las colonias polinesias emigraron al territorio micronesio, como lo demuestra Kubary hablando de las islas de Mortlock.

Para citar algunos caracteres corporales de gran importancia, haremos mención de la braquicefalia predominante y en muchos casos aumentada por medios artificiales; la frente baja, pero bien formada que muchas veces produce un ángulo facial como el de los europeos; la nariz más á menudo achatada que arqueada, esto último, sin embargo, es más frecuente en algunos grupos, como los de los maories, insulares de Rotuma y tonganeses (véase el grabado de la pág. 431) que en los demás; lo cual da origen á fisonomías en parte judaicas y en parte europeas; los ojos pequeños, animados, las más de las veces colocados horizontalmente, con una abertura á menudo sorprendente y con la correspondiente expresión; los pómulos más bien salientes hacia adelante que hacia un lado; y finalmente la boca bien formada, aunque con frecuencia provista de labios demasiado gruesos y la barba raras veces caída hacia atrás como la de los negros. La expresión del rostro da cierta afeminación á la boca, pero á pesar de esto hay también fisonomías atrevidas, enérgicas y francas como las de los europeos. Por lo general los individuos de color más blanco, como son especialmente los maories y los tonganeses y quizás también los marquesanos, se parecen al tipo europeo en la expresión, mientras que los micronesios, de matiz algo más oscuro, se aproximan, bien que insensiblemente, á los melanesios. El carácter general de los primeros se acerca más al que tenían los tahitianos á los ojos de los viajeros del pasado siglo: semblante dulce y agradable porte. Como con tanta frecuencia se emplea hablando de los polinesios la expresión «pueblos noblemente formados», no será superfluo hacer constar que su belleza sólo puede medirse con el rasero europeo en lo que se refiere á la estatura. En sus rostros hay cierta rudeza y lascivia y poca expresión intelectual: «La más bella samoana—dice Hugo Zoller—podría á lo más ser comparada con una linda aldeana alemana.» De los cabellos habría que decir que se apartan de la forma rústica y rígida de los mogoles por su mayor finura y por su tendencia á la ondulación y aun á los rizos. Forster dice hablando de los cabellos de un insular de Hervey que «parecían quemados:» son también frecuentes los cabellos crespos. Los viajeros antiguos, como Cook y Forster, no se muestran muy escrupulosos sobre el particular: los modernos, como Q. Finsch, procuran no emplear una expresión demasiado dura y hablan de cabellos rizados. Algunas veces aparecen también altas pelucas por el estilo de las papuanas, como por ejemplo las que, según descripción de Forster, llevaban Otu, el rey de Tahití, y sus hermanos. El color del cabello varía entre el negro y el castaño. H. Zoller califica el cabello de los samoanos de pardo ó rubio rojo, y en efecto hay, aunque pocos, algunos rubios oscuros. Muchas veces encontramos entre los polinesios cabelleras oscuras con algunos vellones pardos, pero la base son siempre los cabellos oscuros: esto lo propio que el matiz encarnado ó amarillo de las puntas de los cabellos, podría ser una consecuencia de la costumbre de empolvase. El albinismo parece ser cosa muy rara en estas islas: fuera de algunos papuanos albinos de Nueva Guinea, Finsch sólo vió un caso de albinismo en una mujer maorí pletórica que tenía el cabello rubio claro y los ojos algo encogidos como si la luz los dañara, á la que ese autor tomó á primera vista y por esta razón por europea. Forster dice haber visto unas mujeres de Raiatea con la piel que «parecía cera blanca y algo gris leonada» y dice que no observó en ellas síntoma alguno de enfermedad. Los individuos de rígida cabellera tienen poca barba y poco vello, siendo más abundantes en aquellos cuyos cabellos son rizados que constituyen la inmensa mayoría.

Los polinesios no son desde el punto de vista corporal una raza muy vigorosa, y los mismos maories más robustos en apariencia, tienen por término medio mucha menos fuerza que los ingleses. En la carrera se quedan también muy atrás y la numerosa hueste de hawayos en cuya compañía vivió Wilkes una temporada en el Maunaloa, acabó por padecer, casi sin excepción, de mal de montaña en su forma más intensa. Aun en los casos en que los brazos y las piernas no son delgadas (las extremidades inferiores sólo son raquílicas entre ciertas tribus de Nueva Zelandia y otras que viven más en sus canoas que en tierra) la gordura es más producida por la grasa que por los músculos, siendo las más de las veces su corpulencia resultado de la inactividad: el trabajo de los polinesios no es el más á propósito para desarrollar sus cuerpos, pues están acostumbrados á trabajar sólo algunas horas cada día y los nobles por regla general pasan la vida sin hacer cosa alguna. Los caudillos de Hawai eran generalmente hombres gordos y pesados, que se movían con dificultad, lo cual redundaba á menudo en perjuicio suyo. Finsch habla de un caudillo de Apamama que pesaba 130 kilogramos, y en cambio en las islas de Gilbert encontró como peso medio 75 y como máximo 95.

En punto á estatura los polinesios vienen á formar un término medio: entre los resultados de las mediciones verificadas por Finsch, encontramos como máximo 1'79 metros que tenía un hombre de las islas Gilbert y 1'61 que media una mujer de Upolu, «una de las polinesias más robustas y gruesas de cuantas vi.» La medida media en 30 hombres de Yap, en pleno desarrollo, era de 1'50 á 1'69 metros; en los naturales de las islas de Marschall 1'52 á 1'72, en las mujeres de la isla Gilbert de 1'43 á 1'68. En este punto hay, empero, grandes diferencias. Los habitantes de la isla de Pascua, por ejemplo, que llevan una existencia mezquina, son de estatura más pequeña que todos los demás polinesios. G. Forster dice, hablando de ellos: «No encontramos entre todos ninguno que mereciera el dictado de alto.» Además son flacos y á consecuencia de la intensidad que adquiere la luz solar al posarse en sus áridas montañas, sus ojos están encogidos de una manera desventajosa y los músculos de su cara contraídos de abajo arriba. A pesar de todo, su aspecto exterior ha sido considerado ya desde los antiguos observadores como genuinamente polinesio. Los micronesios especialmente ofrecen ejemplos de grandes variaciones en punto á estatura, circunstancia que tiene su fundamento en el hecho de pertenecer la mayoría de las islas micronesias á la clase de arrecifes coralinos bajos, distando mucho de gozar de la fertilidad que caracteriza á una gran parte del archipiélago polinesio. De aquí se deriva un estado de cosas como el que vemos en el archipiélago Marschall, en donde los indígenas de las islas septentrionales que han sido poco visitadas por los extranjeros y que producen gran cantidad de sustancias alimenticias, son altos y robustos, al paso que la inmensa mayoría de los naturales de las islas meridionales se compone de hombres pequeños, flacos, débiles, que envejecen prematuramente y de mujeres más raquílicas y pequeñas todavía. Este último tipo más débil es el que predomina, no existiendo ningún grupo cuyos habitantes puedan ser comparados por su estructura hermosa y robusta con los tonganeses y samoanos y mucho menos con los maories. La pereza, que hace que esos habitantes miren con aversión la pesca y que se limiten á los alimentos vegetales, puede en parte haber contribuido á ello. Según observación de Finsch, los insulares de Gilbert son los más fuertes de entre ellos; vienen después los del grupo Marschall y final-

mente están muy por debajo de éstos los de Kuschai (Carolinas). Es de notar que las diferencias corporales entre los dos sexos, que tan marcadas aparecen en algunas tribus pobres como las de los insulares de Penrhyn, son las mismas que ofrecen las razas civilizadas, á saber: los hombres son altos, robustos y de mirada salvaje y las mujeres pequeñas y delgadas.

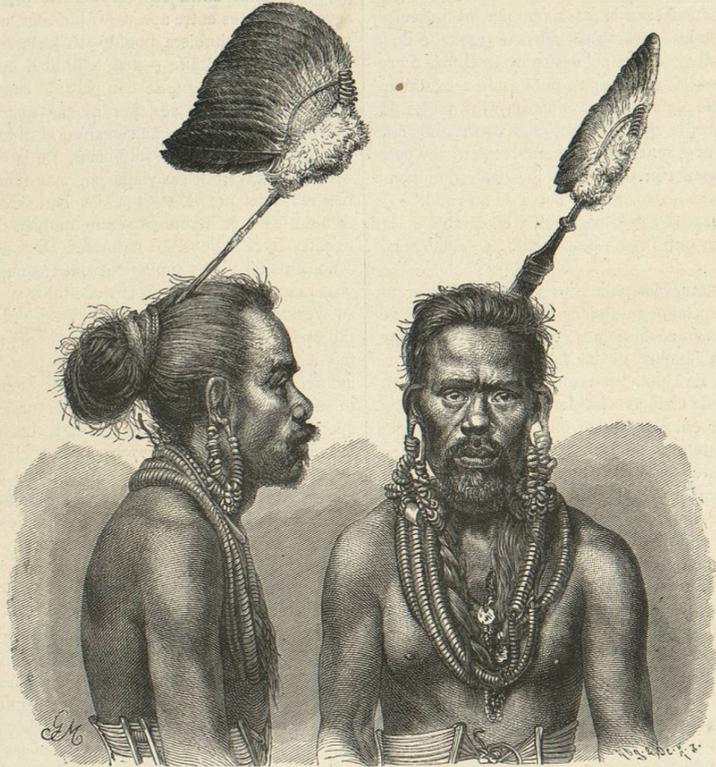
El vigor de los sentidos ha sido á menudo descrito como verdaderamente notable. «En Tahití — dice Forster — no era cosa nueva que los indígenas nos mostraran pequeños pájaros ocultos entre espesos árboles ó patos y pollas de agua escondidos entre apretados juncales, en donde ninguno de nosotros hubiera podido divisarlos.» Los samoanos tienen — según Gräffe — una habilidad especial para encontrar los objetos que se han perdido entre las malezas ó en medio de los bosques, por mucha que sea la distancia que hayan recorrido y aun cuando el objeto perdido sea tan pequeño como un cortaplumas. De la destreza que necesitan para realizar sus viajes por mar tendremos que hablar más adelante. Estos pueblos han sido calificados, no sólo de los más hermosos sí que también de los más inteligentes entre los pueblos naturales. De todas maneras son á nuestros ojos más simpáticos que los negros y los malayos. Los polinesios no son tan cándidos é infantiles como sus vecinos negros que habitan al Oeste, pero tampoco demuestran la reserva que los malayos: no son «niños del momento» como los negros, pero tampoco son tan calculadores como los chinos. Pueblo natural genuino por cuanto se abandona á los impulsos de su naturaleza, en ninguno aparecen más firmes los límites de la costumbre tradicional ni más variadas las clasificaciones sociales, y aun cuando, alejados de los grandes centros de la civilización, válese en sus relaciones entre sí y con la naturaleza de instrumentos y de armas primitivas, en otras esferas han dado pruebas de dotes intelectuales no escasas.

Si todos los pueblos naturales ofrecen cierta contradicción entre sus dotes y su cultura, los polinesios son un pueblo eminentemente de contradicciones, lo cual explica las diferencias de juicios que sobre ellos se han emitido. Cook y sus compañeros consideraron á los tahitianos y á los naturales de las islas de la Sociedad como hombres dóciles, amables, envidiables por muchos conceptos y dichosos; como niños dotados de condiciones felicísimas, bien que no siempre criados en conformidad con las mismas. Pero es que estudia las atrasadas páginas de la historia de sus relaciones con los blancos, encontrará en una de las más antiguas explicado su encuentro con la expedición de Wallis, ante la cual aparecieron aquellos indígenas de una manera muy distinta y que hubo de rechazarlos en sangrienta lucha. Este acontecimiento les hizo temer á los blancos y así se explica en parte la conducta distinta que observaron con los que llegaron posteriormente. Los que no habían recibido aún tan duras lecciones se presentaban como verdaderos salvajes: así hubo de experimentarlo varias veces Cook en Nueva Zelandia y en su segundo viaje á las Marquesas; y su muerte ocurrida en Hawai durante su tercera expedición fué debida indudablemente á la excesiva confianza con que se presentó en este pueblo. En las pequeñas y distantes islas, como Paumotu, Savage, Penrhyn y otras, han ocurrido una porción de sorpresas á traición, y ejemplos como estos nos los ofrece en abundancia la historia de Nueva Zelandia. Los polinesios no son salvajes al estilo de los zulús ó de los aschantis, pero están dotados de un carácter en alto grado variable.

Debajo de una gran viveza externa se oculta la estupidez de un espíritu no educado. Entre los mismos polinesios

cristianos encontramos la indiferencia á la muerte ignominiosa recibida de manos del verdugo. A menudo se ha observado también que los hijos no demuestran sentimiento alguno por la muerte de sus padres, sobre todo en la isla de Nueva Zelandia regada con tanta sangre. Los innumerables sacrificios humanos de los antiguos tiempos y el canibalismo han dejado sin duda sus huellas. Pritchard refiere que en cierta ocasión un anciano que conducía un pequeño bote zozobró y procuró agarrarse al borde de otro cuyos tripulantes le golpearon los dedos hasta que aquél se

desprendió y pereció en las aguas. La ligereza infantil parece ser la única causa de esta malignidad. La locuacidad de los polinesios facilita en alto grado la administración de la justicia penal. En ningún pueblo como en éste cabe aplicar, según Wilkes, el antiguo refrán «el asesinato busca la luz»; y en efecto los polinesios no pueden guardar ningún secreto, ni aun en los casos en que su indiscreción ha de llevarles al cadalso. Los más charlatanes y al propio tiempo los más joviales de todos los polinesios son los naturales de las Marquesas: esto no impide que en toda la Polinesia se



Un hombre de la isla Ruk (de una fotografía del álbum de Godeffroy)

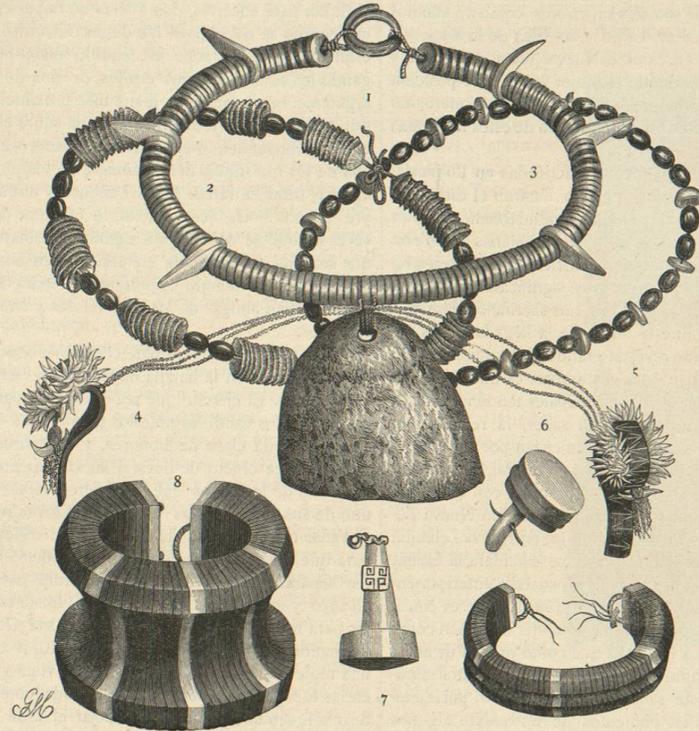
oiga hablar de muchos combates de palabras, pero tienen lugar pocas luchas reales. Si alguno se apasiona, los demás se ríen de él. En las mismas guerras formales las contiendas de palabras representan un papel importante.

La abundancia de palabras produce la de mentiras, pero además de esto el ceremonial de una vida en que existe división de castas impone la hipocresía. Una prueba divertida de las mentiras polinesias y de su arte de disimular, la encontramos en la aparición del falso rey Finu, cuando la segunda visita de Cook á las islas de los Amigos, rey que no era más que un caudillo como tantos otros. Para representar su papel, muchos otros hubieron de mentir y hacer la comedia tanto como él, á pesar de lo cual Cook y sus compañeros no sospecharon nada hasta que el usurpador se prosternó delante del rey verdadero, tocando las plantas de sus pies con la cabeza y con la mano. Esta historia es bastante significativa para que nos permitamos referirla en breves términos. Cuando en mayo de 1777 desembarcó Cook en Annamuka, se envió inmediatamente á Tongatabu un

bote para que comunicara tan importante nueva, y al poco tiempo Taipa, caudillo de esta isla, que había recibido siempre amistosamente á los extranjeros, les presentó á un tal Finu, hombre de unos treinta años y esbelto que tenía un aire más europeo que todos los insulares vistos hasta entonces. Cook, que en su primera visita había saludado al rey verdadero, quedó sorprendido al ver investido con las insignias reales á otro hombre y preguntó inmediatamente si Finu era el rey, á lo cual contestó Taipa enumerándole nada menos que 153 islas sobre las cuales aquél reinaba. Y como, además de esto, toda la población mostraba hacia el mismo el más profundo respeto, Cook quedó convencido de que realmente el que tenía delante era el rey de las islas de los Amigos, colmándole de presentes á él y á los que le acompañaban. Finu se encontraba bien en su papel, comía cada día á bordo, etc., hasta que Cook manifestó su resolución de marchar á Tongatabu. Finu demostró gran descontento y procuró por todos los medios imaginables disuadir al viajero de su empeño abogando en cambio calurosamente por

una expedición á Hapai, en donde decía que había provisiones en abundancia. Cook se dejó convencer y siguiendo á Finu descubrió entonces este grupo de las islas de los Amigos. El recibimiento que en Hapai se les hizo no dejó en el ánimo de Cook duda alguna acerca del poder real de Finu. El pueblo era muy obediente y Taipa, que también formaba parte de la expedición, le arengó como suelen hacerlo los que hablan por encargo de los príncipes polinesios, es decir dictándole Finu los puntos principales del discurs-

so, que tenían por objeto primordial recomendar al extranjero. Las muestras de respeto de todos los indígenas nada dejaban que desear. Sólo cuando, en el camino de Tongatabu, subió á bordo el verdadero rey, confesaron los indígenas que Finu no era más que un caudillo de segunda fila, razón por la cual tenía cierto poder y que el rey le enviaba á otras islas para el desempeño de misiones oficiales. En presencia del soberano, Finu depuso sin vacilar, pero también sin formular excusa alguna, la dignidad que había usur-



Adornos polinesios de las islas Marquesas: 1, 2 y 3 Collares de conchas, de semillas y de conchas *Patella*. - 4 y 5 Pendientes con dientes de delfín. - 6 y 7 Botones para las orejas, de barbas de ballena. - 8 y 9 Brazaletes de madera negra y barbas de ballena (*Christy Collection*, Londres). $\frac{1}{2}$ de su verdadero tamaño.

pado, y no parecía molestarle el sentarse, lleno de respeto, entre el vulgo: llegado á Tongatabu, vivió con los europeos como si nada hubiese sucedido.

Los polinesios no parecen inaccesibles á las exigencias de una vida económica al estilo de la europea. Si las plantaciones de azúcar que constituyen la principal riqueza de Hawái, se encuentran hoy principalmente en manos de los blancos ó de mestizos, débese esto en gran parte á Kamehameha III que ha favorecido extraordinariamente el cultivo de la caña dulce, excitando á los indígenas á que formaran sociedades para la explotación de este producto, sociedades que en un principio prosperaron de una manera notable. Los primeros cristianos de Maui hicieron verdaderos prodigios en la construcción de una iglesia de 30 metros de largo por 15 de ancho, para la cual llevaron la piedra, la cal y la arena en hombros y arrastraron las maderas á fuerza de brazos. Dos veces se hundió la techumbre y sin dejarse abatir por ello la reconstruyeron por tercera vez. No hay que dejarse inducir á error por el hecho de que las empresas de los polinesios no tomasen desde luego un carácter grandioso y tras-

cedental, ni por los dictados de avaros y de duros que los europeos aplicaron á los hombres hábiles, laboriosos y progresistas de la raza indígena de Polinesia. Wilkes, sin embargo, dice que el egoísmo impera en el carácter de los hawayos, de quienes afirma que son menos serviciales y están menos dispuestos á prestarse mutuo auxilio y á prestárselo á los extranjeros que los samoanos y tahitianos; pero hay que tener en cuenta que siempre se manifiesta en sus comienzos de una manera análoga el espíritu económico. Bajo este concepto es muy instructiva la profunda diferencia que existe entre los indolentes, gordos, perezosos y perspicaces habitantes de la fértil Tahití y los activos, hábiles, sensatos y musculosos naturales de las pobres islas de Tonga. ¿Y no es por ventura también un hecho característico que los tonganeses hayan sido respetados por la oligarquía y por la división de clases?

Jorge Forster ha fijado el verdadero punto de partida para formar juicio acerca del desenfreno de los polinesios en punto á las relaciones entre los dos sexos al decir: «Cuando se tiene en cuenta que una gran parte de lo que entre